

Capítulo 6

Cabalgamos en *ghrazzu*

ALÁ, eterno dramaturgo, cuyas tramas son *kismes*, preparó irónicamente el escenario una noche de tranquila belleza para lo que resultó ser mi aventura más salvaje entre los Beni Sakhar.

Nuestra tienda oriental se alzaba hacia las colinas inundadas de luz por la luna roja y dorada de Arabia. Me tumbé sobre un montón de alfombras, despierto, pero medio soñando. ¡Qué silencioso y pacífico era el desierto, y qué extrañamente hermoso el rebaño de camellos blancos de Mizkal, dormidos ante el *menzil*!

El burbujeo de la pipa del jeque junto a mi codo era el único sonido, salvo el ocasional chasquido del pedernal sobre el acero al encender un cigarrillo, uno de los que se sentaban tarde en el círculo del café, que era como una hilera de estatuas triangulares en cuclillas, embozadas, misteriosas.

De repente, se oyó un grito a lo lejos, un «¡Oo-oo-oo!», prolongado, y apareció un camellero, primero silueteado contra el cielo en lo alto de una colina, y luego bajando por la ladera hacia nosotros, cabalgando a una velocidad vertiginosa.

Se apresuró a encender una linterna y colgarla de un poste. Dos hombres se hicieron cargo de su montura sobre la marcha, mientras él entraba en la tienda a toda prisa.

Ahora no había «*salam aleikum*». Se arrodilló rápidamente, besó la mano de Mizkal, entró en el semicírculo abierto y se acuclilló frente al jeque, sin quitarse la cartuchera ni el fusil que llevaba colgado de los hombros. No le ofrecieron ni café ni agua, aunque parecía necesitar ambos. Era un beduíno pequeño, enjuto y reseco, viejo, harapiento y demacrado bajo el sudor seco y la suciedad.

Levantando su bastón de camellero, lo golpeó contra la arena con un impacto agudo, casi como el chasquido de una pistola, y empezó a hablar con una voz áspera y ruda que a veces llegaba casi al grito. Lo que decía en su rudo dialecto era más de lo que yo podía entender. Arengaba rápidamente, pero al final de cada frase hacía una pausa y golpeaba la arena con su bastón. Sus palabras y sus modales eran tan ásperos y ruidosos que, a pesar de su primera reverencia, sospeché que traía algún airado mensaje de desafío. Pero estaba totalmente equivocado.

Cuando terminó, Mizkal, que había escuchado en silencio pensativo, gritó: «¡Por Dios! Estas son buenas noticias. Pregunta más tarde y serás recompensado».

Dos hombres se abalanzaron sobre el mensajero, lo levantaron —de hecho, estaba casi exhausto—, le quitaron la pesada cartuchera y el fusil, mientras otro traía una tetera con agua. Se llenó la boca sin tocarse los labios con la boquilla, escupió, tragó como para aliviar los músculos resacos de la garganta y luego bebió. Tomó sólo unas gotas de café, pero enseguida comió vorazmente del cuenco de madera con arroz y restos de carne, lo mejor que pudieron encontrar pa-

ra él a esas horas de la noche, y se echó a dormir. Se tumbó sobre la arena desnuda, pero alguien trajo una *aba* y se la echó por encima, además de la suya.

Mientras tanto, Mizkal había llamado bruscamente a cinco hombres por turnos, por sus nombres, que se apresuraron a salir con sus instrucciones susurradas y partieron en varias direcciones, a pelo, al galope de sus yeguas.

Durante esta agitación, Mizkal no había dejado que se apagara el carbón de su pipa de agua, y ahora fumaba plácidamente, como un hombre meditabundo y satisfecho de sus pensamientos.

Luego me preguntó si lo había entendido, y cuando le dije que no, me lo explicó.

Los Sirdieh, una tribu pequeña, pero audaz al este del Monte Druso, famosa por su habilidad con el *ghrazzu*, iban camino de apoderarse del rebaño de Mizkal cuando éste se fue a los pastos —los mismos quinientos *hejin* blancos que ahora yacían durmiendo frente a nuestras tiendas—, un premio tentador.

Durante semanas, Mizkal los había estado enviando cada mañana antes del amanecer, sin más guardia que el pequeño camellero y un anciano, a pastar todo el día en los matorrales espinosos, sin suponer que nadie se atrevería a asaltarlos, ya que era de dominio público que más de mil de sus guerreros estaban acampados en estas colinas adyacentes.

Los Sirdieh se habían enterado de la situación, y esperaban atacar por sorpresa y partir hacia el norte con todo el rebaño hacia el río Leja sin disparar un tiro, antes de que Mizkal pudiera alertar a sus hombres.

Y podrían haberlo conseguido fácilmente, de no ser porque el mensajero —un hombre de los Beni Hasán— los había

visto dando vueltas hacia el este y luego hacia el sur, había adivinado su intención y había cabalgado durante treinta horas a un ritmo que ningún caballo podía seguir para avisarnos.

La noticia había llegado a tiempo, pues era medianoche y los Sirdieh difícilmente podrían llegar a los pastos antes del amanecer. Para Mizkal habría sido bastante sencillo no enviar sus rebaños esa mañana, o enviarlos bajo una guardia tan fuerte que los Sirdieh no se atrevieran a atacarlos, ya que el *ghrazzu* sólo contaba con unos cien hombres. Pero el plan de Mizkal era otro. Esperaba tenderles una trampa, puesto que ahora la ventaja, tanto en estrategia como en número, estaba de su lado.

Propuso enviar los camellos a pastar como de costumbre, custodiados únicamente por el muchacho y el viejo maestro camellero, pero cuatrocientos de sus propios guerreros se apostarían en emboscada, aprovechando el terreno ondulado, para proteger sus fuerzas y capturar también algunas de las yeguas del enemigo.

Prometía ser un juego emocionante, y Mizkal no puso la menor objeción cuando le pedí permiso para participar en él.

Mientras conversábamos se oyó de pronto un grito rítmico de muchas voces, que se acercaban como un canto, cadencioso al compás y golpeteo de los cascos de los caballos, y unos ochenta guerreros de los Beni Sakhar, agitando sus rifles y aullando como derviches, llegaron galopando a la tienda de su jeque. Sus aullidos no eran de furia fanática ni de sed de sangre Sirdieh, sino de alegría exuberante ante la perspectiva de una refriega. En respuesta a su ruido, las mujeres de nuestro campamento, desde el interior de sus tiendas, respondieron con largos aullidos de guerra indios.

Nunca he oído a los indios en una batalla real, pero el ruido que hacían estas mujeres era idéntico al que hacían los pieles rojas de Buffalo Bill cuando atacaban el carruaje de su circo del Salvaje Oeste. Las mujeres beduinas siempre gritan así para animar a sus hombres que cabalgan hacia el *ghrazzu* o la batalla.

Era un ruido salvaje y glorioso, y yo me estremecía con él. También lo hicieron algunos de los caballos, resoplando, dando zarpazos a la tierra. Ninguno de ellos dijo «¡ajá!»; pero es mucho pedir esperar que el caballo de un beduino haya leído el Libro de Job.

Los guerreros se agolparon alrededor de la tienda, mientras Mizkal se dirigía a ellos y les daba instrucciones; luego saltaron a sus monturas y se marcharon, todavía gritando su canción salvaje.

Durante la hora siguiente, la escena se repitió varias veces; nuevas partidas subieron a caballo, recibieron sus órdenes y partieron al galope.

El campamento volvió a quedar en silencio cuando el rebaño *hejin*, excelente cebo para nuestra trampa, se alejó hacia los pastos, guiado por el chiquillo encaramado sin montura en la grupa de un camello, y seguido sólo por el viejo conductor, montado en lo alto de una bestia ensillada, bajo las estrellas menguantes, con su manto envuelto a su alrededor, como uno de los tres Reyes Magos.

Mizkal y yo, acompañados únicamente por Mansour y los veinte hombres de la escolta de nuestro jeque, galopamos tras los camellos media hora más tarde, y luego hicimos un rodeo hacia el sur, para entrar por la retaguardia de una de nuestras bandas ya emboscadas.

Yo montaba una pequeña yegua alazana, veloz pero menos fogosa que mi anterior yegua blanca, y más fácil de controlar. En mi cinturón llevaba una daga corta y una pistola automática, además del rifle que llevaba a la espalda, pero Mizkal me había hecho prometer que me mantendría absolutamente al margen de cualquier lucha cuerpo a cuerpo que pudiera producirse. Muchos beduinos siguen utilizando la cimitarra larga y curva en el combate a caballo, con una pistola en la mano izquierda, controlando a sus caballos mediante el balanceo del cuerpo y la presión de las rodillas, un juego que ningún novato inexperto como yo podría practicar. Los mejores combatientes entre nuestros propios hombres, alrededor de un tercio, incluido el propio Mizkal, llevaban espadas. Para evitar un anticlímax, será mejor que diga ahora que no hubo combate cuerpo a cuerpo en esta incursión, aunque tuvimos algunos tiroteos y más de una aventura antes de que terminara.

Al amanecer, que llegó rápidamente, quedamos ocultos tras unas colinas. Mizkal, Mansour y yo desmontamos y nos arrastramos hasta una cresta. Desde allí podíamos contemplar el valle alargado donde pastaban los camellos blancos entre matorrales espinosos. Mi corazón latía acelerado por la excitación, aunque no había ni rastro de los Sirdieh, ni tampoco de nuestras propias bandas, tan hábilmente dispuestas.

Pero pronto Mizkal, con su catalejo, captó una mancha que se movía, y luego otra. Poco después pude ver, aunque sólo por unos instantes, a tres hombres montados que se acercaban cautelosamente desde el norte para hacer un reconocimiento. Tal vez los Sirdieh sospechaban la trampa, o habían sido advertidos a su vez. En cualquier caso, su grupo principal no había caído en ninguna trampa aquella mañana.

Los tres exploradores siguieron acercándose. Luego desaparecieron durante un tiempo y, para mi sorpresa, reaparecieron cabalgando a toda velocidad en campo abierto, a menos de cuatrocientos metros de distancia, directamente hacia los pastos. Su plan consistía en asegurar al pastor y a su hijo, y luego poner en marcha los camellos hacia el norte, donde les esperaba su propia fuerza.

«¡Ahora!», gritó Mizkal, y yo empecé a bombear mi rifle, mientras los demás chasqueaban a mi lado. Con una escopeta no habría podido acertar a blancos tan rápidos, pero esperaba que Mizkal no lo supiera. Los tres jinetes se desviaron bruscamente, se dispersaron y se alejaron hacia el noreste, zigzagueando, agachados en sus monturas. Pensé que iban a escapar limpiamente, y no creo que le diéramos a ninguno de ellos, pero un fuego cruzado desde la cima de otra colina derribó a un caballo mientras los otros dos desaparecían por una elevación, con un puñado de los nuestros persiguiéndoles.

Cuando galopamos hacia el hombre que había caído, se levantó ileso y se sacudió, sin preocuparse siquiera de levantar las manos en señal de rendición. Y pensé que era una de las cosas más extrañas que había visto en el desierto cuando este cautivo Sirdieh, a quien habíamos intentado matar un momento antes, estaba ahora despreocupado, con insolente buen humor, con la mano colgando a menos de quince centímetros de la culata de su automática cargada y, para más inri, ¡ni siquiera se molestaron en desarmarlo! Si no fuera por la yegua que yacía temblando, podría haber sido un juego de polo.

Y es que trataba de un deporte, no de una guerra, un juego con camellos como premio, un juego rudo en el que las

vidas formaban parte del marcador, pero en el que no se podía matar salvo dentro de las reglas. Sólo perdimos uno o dos minutos antes de seguir a nuestros hombres en persecución de la banda principal de los Sirdieh, pero merece la pena relatar el extraordinario diálogo que tuvo lugar en esos pocos momentos.

«¿Dónde está el halcón del pachá?», preguntó nuestro prisionero con alegre descaro. El propio Mizkal sonrió y Mansour rugió con una carcajada salvaje. Era una verdadera ocurrencia beduina, retorcida y directa, pero cargada de malicioso significado: «¡Así que estás cazando pájaros esta mañana, Mizkal! Pero los Sirdieh no son perdices que caigan en tu red, y ahora salen a tal velocidad que se necesitarían alas para atraparlos».

«No, asesino de los que duermen», replicó Mizkal; «llevamos rumbo a una manada de lobos, y nuestros caballos los pisotearán antes del atardecer».

De hecho, el grueso de la banda de Mizkal ya estaba en su persecución. Me preguntaba cómo se desharía del prisionero.

«Puedes quedarte aquí con mi camellero y volver esta noche con él a mi *menzil*», dijo Mizkal, «o irte ahora con uno de mis hombres, que te pedirá el rifle como pago por la escolta».

Apenas podía creer lo que oía. «Me acojo a la ley, jeque», dijo simplemente el prisionero, y se acabó. Lo dejamos allí de pie, todavía armado, con sólo el anciano y el chiquillo para guardar el rebaño que había venido a robar, y nos marchamos rápidos como el viento. ¡Aquí estaba el honor entre ladrones con una venganza! O, mejor dicho, una caba-

llosidad pura y fantástica como no creo que perviva en ningún otro lugar del mundo.

Cabalgamos durante dos horas y finalmente alcanzamos a nuestros hombres, que nos seguían como sabuesos por el sendero de los Sirdieh, a un galope constante pero no forzado. Nosotros éramos unos cuatrocientos, y por sus huellas, claramente marcadas en algunos lugares e invisibles durante kilómetros en otros, ellos eran, según nos habían informado, unos cien.

Pero habían empezado bien, y a pesar de que nuestros caballos estaban frescos y los suyos no, ya que perdíamos el rastro con frecuencia y teníamos que explorar a derecha e izquierda para retomarlos, Mizkal juzgó al atardecer que les habíamos sacado poca ventaja. La brillante luz de la luna nos ayudó y seguimos cabalgando. Estuve enfermo, dolorido, cansado, sediento y hambriento durante un rato al final de la tarde, pero a medida que avanzaba la noche se me pasó el hambre. Por supuesto, ningún caballo podía soportar un galope continuado durante tanto tiempo, y hubo breves paradas, pero fue una cabalgata dura y forzada. Cuando se puso la luna acampamos. En un lado de mi alforja había un odre de agua, en el otro unas cuantas bolas de queso de camello seco, rancio, aunque alimento concentrado, con un poco de grano para la yegua. Mansour vino con una bolsa de cuero y me ayudó a darle de beber y de comer. Bebí medio litro de agua, me comí dos trozos de queso y me acosté temblando de frío, demasiado cansado para dormir. Mizkal me trajo un cigarrillo encendido, me preguntó cómo me encontraba y le dije que bien, pero él sabía que estaba muerto de cansancio. Dos horas más tarde, al amanecer, nos pusimos de nuevo en marcha.

A medida que avanzaba la mañana, intolerablemente larga hacia el mediodía, con el calor y el resplandor en aumento, tuve la sensación de que algo iba mal. Personalmente, no me sentía bien en aquel momento; me preguntaba si mi fuerza de voluntad podría hacerme aguantar, pero no quería hacerlo saber. Mizkal estaba preocupado por algún elemento nuevo en el juego, y también lo estaban sus hombres. El sendero se había desviado de norte a noreste, y ahora lo seguíamos casi en dirección este, que no era la ruta que los Sirdieh debían haber tomado para regresar a sus propias colinas y ponerse a salvo.

A medida que aumentaba la inquietud, avanzábamos cada vez más despacio y finalmente nos detuvimos.

El terreno parecía llano —un barrido aparentemente ininterrumpido de guijarros y arcilla cocida hasta el horizonte—, pero había depresiones traicioneras y barrancos lo bastante grandes como para haber ocultado al ejército de un sultán. El inexplicable desvío hacia el este había sido sospechoso, pero también creo que los beduinos tienen una especie de sexto sentido que les avisa del peligro que acecha.

Mizkal envió seis hombres hacia delante, que se extendían en forma de abanico, ocultándose alternativamente por el terreno y reapareciendo después; y sólo después de haberlos seguido durante dos kilómetros o más con sus anteojos desmontamos, dimos de beber y alimentar apresuradamente a nuestros caballos, y bebimos de nuestros mermados odres.

Media hora más tarde oímos el chasquido de rifles lejanos y luego vimos a dos hombres, evidentemente nuestros exploradores, que volvían hacia nosotros para salvar sus vidas, seguidos por un grupo de unos treinta, disparando mientras galopaban tras ellos.

Aunque éramos cuatrocientos, saltamos a nuestras monturas al grito de mando de Mizkal, dimos media vuelta y huimos.

Los perseguidos y sus perseguidores nos siguieron, ganando terreno, mientras nos quedábamos atrás para dejar que los exploradores se reunieran con nosotros, y el enemigo empezó a dispararnos a larga distancia.

Nos dispersamos, todavía corriendo, y respondimos al fuego. Yo disparé con el resto, pero sin éxito, excepto cuando casi alcancé a uno de nuestros propios hombres, después de lo cual consideré más seguro, simplemente agitar mi rifle y gritar valientemente, aunque en realidad estaba bastante asustado. Yo siempre he sido un cobarde bajo cualquier tipo de fuego, pero el canto de las balas siempre me ponía más nervioso que cualquier bombardeo.

Dos de nuestros hombres cayeron, aunque no vi que los hirieran, porque al momento me di cuenta de que dos caballos sin jinete galopaban con nosotros. Luego, un caballo Beni Sakhar y su jinete se estrellaron contra un montículo mientras avanzábamos. Sólo vi a uno de los Sirdieh salir disparado desde su silla de montar. Habían avanzado con paso firme, pero ahora se quedaron atrás, siguiéndonos, pero manteniéndose casi fuera de nuestro alcance, sin dejar de disparar; y entonces, de repente, simplemente ya no estaban allí. Habían dejado de perseguirnos.

Puede que el lector se pregunte —como yo hice en su momento— por qué cuatrocientos guerreros capaces huían para salvar sus vidas de treinta.

Lo que había ocurrido era lo siguiente.

En primer lugar, Mizkal sabía que treinta hombres no nos habrían atacado a menos que hubiera un truco en ello.

Además, como zorro inteligente que era, había adivinado el truco con una precisión asombrosa. Los Sirdieh sabían que los Rualla —una gran tribu con la que estaban aliados— habían partido hacia el este en un gran *ghrazzu* propio y que regresarían en masa. Nos habían conducido hacia el este, con la esperanza de unirse a los Rualla y volverse contra nosotros. Se habían unido a la avanzadilla Rualla y la habían enviado contra nosotros como cebo para mantenernos comprometidos, si éramos tan estúpidos como para resistir, hasta que llegara su fuerza principal.

Mizkal creía que los Sirdieh, después de habernos conducido cómodamente a esta trampa, volvería a casa, pero que la fuerza principal Rualla nos daría una dura batida, no sólo para matar —los beduinos evitan el derramamiento inútil de sangre en *ghrazzu*—, sino con la esperanza de llevarse muchos de nuestros caballos.

A día de hoy no sé si los Rualla nos pisaban los talones o no, durante aquel (para mí) infernal viaje forzado de treinta horas que nos llevó de vuelta a la frontera de Transjordania. No se disparó ni un solo tiro, ni apareció detrás de nosotros señal alguna de un perseguidor. Una estimulante mezcla de miedo, excitación y curiosidad me había mantenido bastante al día, pero ahora estaba demasiado lejos para preocuparme por nada. Descubrí que tenía el pulgar en carne viva a causa de la rienda y que me aferraba con ambas manos al pomo de madera de la silla. No me moría de hambre ni de sed, pero tenía la boca y la garganta más secas de lo que jamás había sentido. Afortunadamente, Mizkal se dio cuenta de mi situación y, en nuestra primera parada, insistió en que subiera a bordo de uno de los cinco *hejin* que habían traído con más agua y forraje. Los *hejin* son más que rivales para los caballos

en trayectos largos, pero no se montan en *ghrazzu* porque no son tan buenos como los caballos en maniobras rápidas.

Fue un bendito alivio, y conseguí aguantar, medio dormido durante buena parte del tiempo. Creo que hicimos varias paradas breves más, y recuerdo después del calor y el resplandor una noche interminable en la que el frío amargo era aún peor. Después de más horas de miseria, sin recordar mucho cómo llegué allí, excepto que no me desmayé y me tuvieron que llevar en brazos, estaba dentro de una tienda, y Mansour me echaba agua por la cabeza, y yo bebía agua de una cacerola de hojalata y la escupía y luego tragaba mucha, y me fui a dormir chupando un trozo de carne de cabra, pues estaba demasiado cansado para masticar.

¡Qué deliciosa fue la ociosidad durante los dos o tres días siguientes, cuando se me pasó el dolor! Me sentí un poco avergonzado por no haber mostrado más resistencia y temí haber quedado mal, pero afortunadamente les caí lo bastante bien como para ser indulgentes y se interesaron amablemente por mi rápida recuperación. Mansour juró descaradamente por Alá que una bala mía había derribado a uno de los Sirdieh, y los demás consintieron en esta halagadora ficción.

Estábamos destinados a oír hablar más del modesto papel que yo había desempeñado en el *ghrazzu*, y de una fuente inesperadamente elevada. Unos días más tarde llegaron unos jinetes de Amán para anunciar que su alteza real, el emir Abdulá, soberano de Transjordania, hermano del rey Faisal de Irak e hijo del antiguo rey Huseín del Hiyaz, saldría al día siguiente para visitar a su amigo Mizkal. Llegaría a la sede de Mizkal, el palacio de Um-el-Akmid, la mañana siguiente hacia las diez u once.

Este gobernante jerife, que mantiene su poder bajo los británicos, no es popular entre los nacionalistas árabes, porque consideran que ha jugado demasiado a favor de los británicos; pero es el principal favorito de las tribus beduinas de su territorio, porque nunca interfiere en sus asuntos tribales y les permite su antigua libertad.

Los beduinos del desierto septentrional tienen pocos sentimientos nacionalistas en el sentido político. Les gustaría ver a todos los *farengi* expulsados de la península —como querían que expulsaran a los turcos durante la Guerra Mundial—, pero su exclusiva lealtad es hacia lo único que conocen: sus tribus individuales. Otro inconveniente para el sentimiento nacionalista entre ellos es que son enemigos hereditarios de Ibn Saúd y los wahabíes, el gran grupo nacionalista fanático e invicto que se encuentra más al sur, en los alrededores de La Meca.

La visita propuesta por el emir a Mizkal no tenía nada que ver con la política, grande o pequeña. Era meramente por amistad y por asuntos de negocios privados propios. Mansour cabalgó inmediatamente para preparar las cosas en palacio, pero Mizkal se quedó con nosotros y pasó la noche en el campamento. Me dio la impresión de que Mizkal nunca iba a su palacio si podía evitarlo, y creo que hubiera preferido tumbarse en la arena con sus cabras antes que dormir bajo su techo.

A la mañana siguiente se marchó temprano. Yo debía seguirle con algunos de los otros cuando quisiera. Cuando llegué al palacio, poco después de las diez, me dijeron que el emir ya había llegado. No había nada en el patio que lo indicara, excepto un Ford destartado, más nuevo que la mayoría, con la columna de dirección llena de tubos

remendados, como suele ocurrir con los Ford que viajan por el desierto, y una gran bolsa de agua cubierta de lona colgada de un perno cerca del parabrisas. Los coches hierven de Damasco a Bagdad, pero llegan igual. Y este maltrecho Modelo T, al menos ese día, era el regio carruaje de su alteza real, el gobernante de Transjordania. El camino entre Amán y la aldea de Mizkal es duro y pedregoso en algunos tramos, sin carretera alguna, y el emir había dejado sabiamente su limusina Rolls-Royce en casa.

En la sala de guardia, grande y desnuda, decenas de beduinos habían amontonado sus armas y murmuraban, ansiosos por entrar en la sala de reuniones, pero se mantenían tímidamente alejados de la puerta. Cuando tres hombres se armaron de valor y entraron, me asomé tras ellos.

La plataforma baja del fondo de la sala estaba repleta de magníficas alfombras y cojines, y en su centro se sentaba el Emir, con las piernas cruzadas como un turco y una pipa de agua a su lado. Mizkal estaba sentado a su derecha. Cien o más de los Beni Sakhar se acucillaban en filas sobre el suelo de piedra, a derecha e izquierda, dejando un amplio pasillo abierto desde la puerta hasta el diván.

Los tres recién llegados, que habían vencido su primera timidez, caminaban ahora orgullosos por el vestíbulo, incluso pavoneándose un poco en beneficio de quienes, como yo, pudieran estar espíandolos. Entonces se arrodillaron ante el emir, le besaron la mano, se levantaron y se unieron al círculo de sus compañeros.

Me asaltaron algunas dudas acerca de lo que debía hacer al entrar en la sala. Como hombre que vestía un tosco atuendo beduino, como los guerreros comunes, y que

ciertamente no pretendía ser un jeque, lo más sencillo sería hacer una reverencia como el resto, y la verdad es que no tenía ninguna objeción —como algunos ingleses— a participar en esa inofensiva cortesía hacia un potentado nativo. Pero pensé que podría interpretarse como algo indigno según sus propias costumbres, ya que yo era amigo e invitado especial de Mizkal. Así que opté por una solución intermedia.

Recorrí unos dos tercios del pasillo hasta el diván, me detuve, hice una profunda reverencia, seguida de un saludo militar, y continué de pie.

El emir susurró una pregunta a Mizkal, luego se levantó, vino a mi encuentro, me estrechó la mano y me dijo en inglés:

—*Oh, hello, how do you do?*

—Es un gran honor conocer al gobernante de este país, donde he encontrado verdadera hospitalidad y amistad —respondí.

Me indicó que me sentara a su izquierda, en el diván, y no dijo nada más mientras otros grupos entraban para arrodillarse ante él.

El emir Abdulá es un hombre fornido de mediana estatura, con barba y tez más arenosa que bronceada —un tipo inusual para un árabe—, pero su apariencia lo desmiente, pues es de la más pura sangre jerife de La Meca, y su frente ligeramente abultada encierra un cerebro sagaz y astuto. Conoce la psicología de las tribus del desierto más íntimamente que ningún otro político de Arabia, ya que en su juventud fue enviado a vivir entre las tiendas negras por la vieja costumbre familiar, y luchó para los Aliados al frente de las tropas beduinas en la Guerra Mundial. Sigue vistiendo al es-

tilo beduino y no al de los árabes de ciudad. Excepto por su *agal* (cota de malla), que era ancha y relucía con hilos de oro, su traje no difería del de Mizkal. Y en su cinturón, en lugar de la elaborada daga jerife de empuñadura alta y funda de oro que aparece en sus fotografías formales, llevaba una pesada automática en una funda de cuero liso.

Se dirigió a mí con buen humor:

—Mi primo Mizkal me ha dicho que has estado cabalgando con ellos en *ghrazzu*. Me gustaría que no lo hicieras más, porque podrías hacerte daño.

Respondí que, puesto que estaba comiendo la comida de Mizkal, había creído mi deber cabalgar con el resto en defensa de sus rebaños, y como eso sonaba tonto y farisaico, añadí impulsivamente: «Además, había un camello mío en el pasto».

Esto pareció divertirle. Se rio y dijo:

—¡Oh, pequeño beduino! Y supongo que esperabas volver del *ghrazzu* con cuatro.

Más tarde me dijo en privado:

—Creo que me has entendido mal con lo del *ghrazzu*. No es que me importe salvar tu pellejo; eso es asunto tuyo. Es simplemente que si te mataran aquí podría haber una investigación perjudicial para Mizkal.

No hizo ninguna referencia a mi desagradable encuentro anterior con su primer ministro, y llegué a la conclusión de que Rakaby Pasha no lo había mencionado.

El mensajero del emir había anunciado el día anterior que su amo no se quedaría a cenar, y después de tratar sus asuntos privados con Mizkal, lo abrazó, lo besó y se marchó.

No le acompañaba ningún miembro de la guardia de palacio ni de la gendarmería uniformada. Sustituyó el

reluciente *agal* que llevaba en la frente por un turbante negro común, se subió al asiento delantero del Ford junto al conductor, con un fusil entre las rodillas, y otros dos beduinos con fusiles en el asiento de atrás.

Mientras el coche se alejaba no había nada que indicara que transportaba a la realeza, y pensé en el gran califa Harún al-Rashid, que sin duda habría usado un maltrecho *Tin Lizzie* para esas excursiones informales, si las hubiera habido en su gloriosa época.